LA ACTITUD POLITICA DE MARITAIN

Siempre hemos estado plenamente convencidos de que la única manera legítima y eficaz de arrebatar a Maritain ese prestigio extraordinario de que, para desgracia de los sectores católicos, goza hoy en el plano de las realidades políticas, era el reducirlo a sus verdaderas proporciones en el campo de la filosofía propiamente dicha. Porque si nos contentamos tan sólo con combatirle por lo que ha dicho o dejado de decir acerca de las relaciones de la Iglesia con la autoridad civil o por sus opiniones acerca de la «Nueva Cristiandad», nuestros esfuerzos habrán de ser infructuosos. La raíz siempre viva de su prestigio filosófico haría reverdecer una y otra vez el ramaje solamente podado de su prestigio político. Los hechos han venido a darnos la razón. Todos, o más bien casi todos, los ataques de que ha sido objeto hasta ahora el filósofo francés no habrán conseguido de seguro disminuir el número de sus lectores ni reducir su influjo en proporción apreciable. Triste resultado del desprecio, o a lo menos de la desconfianza invencible, con que se miran hoy día las actividades especulativas en general y particularmente las de tipo ontológico. Como si fuera posible que alguna vez pueda el hombre prescindir de su entendimiento cuando quiera o se vea obligado a proceder en virtud de su condición precisa de ser racional. No obs-

tante, ha habido un pequeño número de expertos, entre los cuales es imposible dejar de mencionar la figura señera del P. S. Ramírez, O. P., que han ido a la raíz misma de las cosas, y a cuyos ataques no ha logrado todavía el discutido filósofo dar una respuesta verdaderamente satisfactoria.

Uno de estos expertos ha sido también el Dr. Julio Meinvielle, ilustre sacerdote argentino, al cual muchos de nosotros pudimos conocer aquí en Madrid en la primavera del año pasado y comprobar su cordialidad a la vez que su entereza espiritual. A partir del año 1937, en que, con ocasión de los ataques que se iban acumulando sobre la nación española entregada a la heroica defensa de sus valores eternos, publicó su obra *¿Qué saldrá de esta España que sangra?*, hasta el momento actual en que aparece su *Crítica de la concepción de Maritain sobre la persona humana*, el Dr. Meinvielle se ha venido manteniendo inconmoviblemente en la brecha, señalando y combatiendo con una valentía tan decidida como perspicaz las concesiones a puntos de vista y de doctrina difíciles, por no decir imposibles, de conciliar con el dogma de que se han hecho reos ciertos caracterizados escritores católicos. A este propósito fundamental obedecen sus dos obras sobre Maritain, la que hace un momento acabamos de citar y la que se titula *De Lamennais a Maritain* (1), en las cuales, con una documentación abundantísima a la vez que con exacto conocimiento de los grandes principios de la auténtica filosofía política de Santo Tomás, denuncia los errores principales, tanto más perniciosos cuanto más disimulados y sutiles, del conocido filósofo francés. Indudablemente que de sus dos libros la *Crítica de la concepción de Maritain acerca de la persona humana* es el más importante, porque viene en resumen a dar la clave de una actitud que en *De Lamenmais a Maritain* fué sometida a la exclusiva piedra de toque de su posición frente al dogma.

El Dr. Meinvielle ha juzgado con mucha razón que la raíz más entrañada de todos los errores políticos de Maritain se halla en el concepto errado que éste tiene acerca de la esencia, y más que todo de los derechos ontológicos de la persona humana, lo cual le lleva como de la mano a establecer cierta oposición del todo infundada entre los conceptos de individuo y persona. Esto se debe, como observa muy bien el filósofo argentino, a que Maritain confunde dos cosas muy distintas, como son la individualidad considerada en sí

---

(1) JULIO MEINVIELLE: *De Lamennais a Maritain*. Ediciones «Nuestro Tiempo». Buenos Aires, 1945.
JULIO MEINVIELLE: *Crítica de la concepción de Maritain sobre la persona humana*. Ediciones «Nuestro Tiempo». Buenos Aires, 1948.

misma y la individualidad material; o, para hablar con mayor rigor y exactitud, la individualidad—o el individuo—con la *individuación*. La individuación arraiga en la materia, ciertamente, pero en modo alguno el individuo. La prueba está que, si en el caso especial del hombre, así como en el genérico de las restantes creaturas visibles, su individuación arranca de la materia—*materia quantitate signata*, dicen los escolásticos—, en el de las creaturas puramente espirituales, como son los ángeles, la individualidad arranca de la forma, en el sentido de que es la propia forma o la propia esencia angélica la que, en virtud de su misma perfección o determinación específica, se hace incomunicable, constituyendo por el hecho mismo un individuo. Y es tan elemental la distinción entre uno y otro tipo de individualidad, que el Dr. Meinvielle se pregunta admirado, con razón, cómo un pensador del prestigio y fama de Maritain puede caer de rondón en él, sobre todo cuando, incluso manteniéndonos dentro de los límites de la creación visible, según observa una vez más el doctor Meinvielle, Cristo tiene una naturaleza individuada por la materia dimensiva que no existe como individuo humano.

Luego viene la etapa en que, lanzado Maritain a sacar consecuencias de su posición inicial, llega a emancipar completamente la persona, en cuanto tal, de toda regulación dimanada del Poder público o Estado. Y aquí es donde el Dr. Meinvielle hace entrar en juego su profundo conocimiento del Tomismo, para demostrar, en verdadero alarde de erudición, cómo la concepción política maritainiana se halla en abierta pugna con los principios políticos del propio Santo Tomás. Para Maritain la persona, en cuanto tal, se opone de suyo a que en una u otra forma pueda ser considerada como parte, porque se ordena directamente hacia Dios, mientras que para el gran Doctor Común de la Iglesia la persona humana asume necesariamente la condición de parte desde el momento mismo que tiende a alcanzar el supremo Bien común que es Dios. Por eso, comentándolo el Dr. Meinvielle, dice en la página 89 de su obra que «ninguna persona humana, por consiguiente, aunque se lo apropie todo y de El goce totalmente, puede apropiárselo en forma tal que diga *este bien es mío y sólo mío y nadie puede poseerlo sino yo*, porque no es el Bien quien se adapta a la medida de la persona humana, sino que la persona humana se adapta y comensura a la medida sin medida de este Bien inconmensurable». Y la razón la da él mismo en la página siguiente al observar que «el *bien común* no se opone al *propio* de la persona singular, ya que también el bien común debe serle propio, sino al bien propio *particular* o *singular* o *indi-*

vidual, o sea a aquel bien que de tal suerte le pertenece que resulta ajeno a toda otra persona».

Por último, Maritain se ve obligado, por la misma evolución homogénea de su pensamiento, a la persona como término natural y obligado de sus aspiraciones el contacto directo con la Divinidad. Acentuando exageradamente la facultad, muy real por lo demás, de que goza la persona humana de orientarse hacia Dios, termina por asignarle como derecho y propiedad distintivos de la más completa autonomía. Bajo semejante ángulo de visión, toda sociedad, ya civil ya sobrenatural, como lo demuestra admirablemente en una concatenación irreprochable de argumentos el propio Dr. Meinvielle, acabará por constituir para la personalidad humana una coacción insoportable. De aquí proviene que la *civitas* maritainiana ideal no tenga, en realidad, autoridad, sino que todos los negocios hayan de resolverse por libre convención de los ciudadanos. De aquí proviene también que el mayor bien común de la *civitas* venga a ser para Maritain el ejercicio de la ya citada autonomía, y que, a trueque de conseguirla, deban convivir en absoluta igualdad de condiciones judíos, católicos, herejes, mahometanos, etc., etc. En verdad que en tales condiciones no es muy grande la distancia que separa a Maritain de Rousseau y de Kant.

Ni tampoco la que lo separa de Lamennais, el excomulgado director de *L'Avenir*, o del Marc Sangnier de *Le Sillon*. Y es urgente no olvidarlo—nos lo advierte el Dr. Meinvielle—, porque la táctica a que están recurriendo Maritain y sus secuaces consiste en acentuar más de la cuenta los errores del sacerdote apóstata para hacer creer que media un abismo entre su liberalismo y la posición de los que suspiran por la nueva cristiandad. Con muchísima razón el Dr. Meinvielle protesta de la injusticia que se comete con el brillante y extraviado escritor liberal, aduciendo multitud de textos para demostrar que no fué mucho más lejos en el camino del error que el que aparece ante muchos sectores católicos de nuestros días como la más pura encarnación de Santo Tomás. Si es que en verdad fué tan lejos como Maritain... Porque leyendo la susodicha multitud de textos no nos es posible dejar de preguntarnos cómo es que el filósofo contemporáneo puede mantener con tanta pertinacia sus posiciones sin advertir la imposibilidad en que se encuentra de conciliarlas con la ortodoxia católica. Por eso, cumpliendo con su misión sacerdotal de señalar el error dondequiera que se encontrase, el Dr. Meinvielle deja estampada en las páginas introductorias de su *Crítica de la concepción de Maritain sobre la persona humana* esta grave a la vez que retadora afirmación : «Creemos, y lo decimos muy en serio, que

la ciudad maritainiana de la persona humana coincide, en la realidad concreta y existencial, con la ciudad secular de la impiedad. Medimos todo el alcance de nuestra afirmación y desafiamos muy formalmente a cuantos la consideren falsa o exagerada a que así lo demuestren.» Después de leer las páginas de las dos obras que hemos ahora rápidamente señalado, resulta en verdad difícil no estar en el más completo acuerdo con el escritor argentino.

Creemos de suma utilidad estas dos obras, así como su difusión, aquí en España. Serán ellas el mejor preservativo contra un posible influjo del espíritu maritainiano en algunos ambientes españoles; influjo que, sin saber por qué, consideramos casi casi como probable... y que, demás está el decirlo, es preciso evitar a todo precio.

OSVALDO LIRA, SS. CC.

ESTADOS UNIDOS FRENTE A HISPANOAMERICA

El presente libro (1) es sencillamente un directo y en muchos casos justificado ataque al imperiolismo yanki, en sus facetas económica, política e ideológica, y un encendido canto al nacionalismo hispanoamericano, no muy acorde con la entusiasta defensa que en él se hace de la democracia popular—léase comunismo internacional—y de la «democrática y pacífica» U. R. S. S.

En el aspecto jurídico, la obra se inicia con la defensa de la soberanía nacional, hace historia de todas las legislaciones ecuatorianas desde que este país, encuadrado en la Gran Colombia, consiguió su emancipación de la Corona española, y considera que la Constitución de 1946 es una traición a la soberanía nacional, porque en el segundo inciso del artículo 4.° se hace entrega de la soberanía a Estados Unidos. Llega a esta conclusión mediante el original sistema de eliminación siguiente: el artículo en cuestión dice textualmente: «El territorio nacional comprende, además de las provincias continentales, situadas en América del Sur, las islas adyacentes, el Archipiélago de Colón o de Galápagos, el Mar Territorial, el subsuelo y la atmósfera respectiva.»

«El territorio nacional es inalienable y no se podrá celebrar pacto alguno que afecte a su integridad ó que menoscabe la soberanía

(1) MANUEL MEDINA: *Estados Unidos y la independencia de América Latina.* Artes Gráficas Senefelder, C. A. Ltda. Guayaquil, 1947. 240 páginas.